

00359/GRE



LA CASA DEL GRECO

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EL DÍA 16 DE MARZO DE 1912

EN LA

ESCUELA ESPECIAL DE INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

POR EL ALUMNO

CARLOS G. ESPRESATI

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

Calle de la Libertad, núm. 29. -- Teléf.º 991

1912

ΒΙΒΛΙΟΘΗΚΗ
ΤΕΛΛΟΓΛΕΙΟΥ
ΙΔΡΥΜΑΤΟΣ
ΤΕΧΝΩΝ Α.Π.Θ.
ΣΥΛΛΟΓΗ
ΣΠΗΤΕΡΗΣ

ND
813
.E87
1912
c. 1

ΒΙΒΛΙΟΘΗΚΗ
ΤΕΛΛΟΓΛΕΙΟΥ
ΙΔΡΥΜΑΤΟΣ
ΤΕΧΝΩΝ
Α.Π.Θ.
Καθ.



00359/GRE

ND
813
.E87
1912
c2

LA CASA DEL GRECO

CONFERENCIA

PRONUNCIADA EL DÍA 16 DE MARZO DE 1912

EN LA

ESCUELA ESPECIAL DE INGENIEROS DE CAMINOS, CANALES Y PUERTOS

POR EL ALUMNO

CARLOS G. ESPRESATI

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

Calle de la Libertad, núm. 29.—Teléf.º 991

1912

ΕΠΙΣΤΗΜΗ
ΤΕΛΕΟΓΡΑΦΕΙΟΥ
ΙΔΡΥΜΑΤΟΣ
ΤΕΧΝΩΝ
Α.Π.Θ.
Κωδ. 00304/1912

0640012862

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

TEAATATEIGY
ZOTAMVATOZ
NOMXON
O.B.O.
K-6

Si con la ofrenda sincera de un trabajo tan ligero y modesto como el mío, puede expresarse la admiración, el entusiasmo afectuoso y la gratitud, vayan todos estos sentimientos acompañando á mi folleto, y presten homenaje á D. Vicente Machimbarrena, Ingeniero artista, y maestro querido de

EL AUTOR



PROLOGO

En un rincón pintoresco de Toledo, hay un solar de tan rancia estirpe sentimental, que él por sí solo es cifra de tres ejecutorias excelsas doradas con el encanto de las fábulas legendarias. Sobre él tendió su niebla azulada de ensueño la fantasía popular, y su espacio famoso hizolo primero cárcel de tesoros inmensos, luego diabólico aquelarre, por fin, escenario de un heroico romance de la hidalguía castellana. La codicia rapaz en campo de oro, el misterio monstruoso y mágico sobre fondo de tinieblas y el gesto épico y leal refulgiendo en un campo sangriento de gules, ilustran así el blasón fantástico de este recinto, donde se alzó luego la casa hoy conocida como mansión, en sus días, de Domingo el Greco.

Y si las antiguas invenciones cautivan el espíritu con su poética novelería, también deleita el ánimo y solaza el gusto la crónica lintera con lo nebuloso, que parla la vida del pintor cretense en sus lares toledanos.

Yo os quiero decir la historia de esta casa, tal como la siento, reflejando en vosotros mis emociones y mis íntimas

conjeturas hurtadas á la fábula. Estas me ofrecen asidero, aunque no mucho, en algunos libros que he leído y compondrán á su modo las estrofas de este canto primero: *Las grandezas de antaño*. Aquéllas, mis emociones, mis entusiasmos sentimentales, con el epígrafe *El santuario del genio*, queirán levantar en vosotros la visión de la actual «Casa del Greco», tal como yo la he contemplado, sumido en artística devoción, sin que para tal hazaña me valga de la ayuda de ajenos libros, que ni autorizados ni humildes he podido encontrar. Para no desmentir el proverbio aquel «de gustos no hay nada escrito», tampoco hasta ahora se ha escrito nada de la «Casa del Greco», índice y florilegio del gusto depurado del Marqués de la Vega-Inclán.

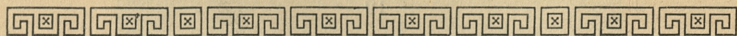
A las consejas del vulgo, oponen sabios varones sus melindres de duda; hay quien llega á negarles rotundamente todo motivo de verosimilitud. Yo os confieso que, por natural afición hacia lo romancesco y maravilloso, he tomado en aprecio para mi tarea, los elementos más bellos y más sugestivos de las viejas crónicas, con preferencia al fárrago de disquisiciones documentadas y graves.

La sequedad de los doctos y eruditos, me encocora; á toda imaginativa historia, opónense con un *nego majorem*; á los cuentos llenos de maga ilusión, tejidos sobre tradiciones verdaderas por las abuelas plebeyas, los desembarazan de idealidad con un *distingo* escolástico; á los decires y romances de juglar, responden con folios interminables, preñados de filosofía, de ejemplos demostrativos y de sapientísimos escolios de las Sagradas Escrituras; y yo os digo, por mi fe, que á estas citas morales, prefiero aquellas otras citas de amable inmoralidad á que dan lugar las escrituras profanas.

Con esto se me han ido las palabras, y la virtud con ellas, de mi modestia. Y esta poca virtud mía, no ha pasado por mis frases, muda, como pasa por el prudente, según Fernández de Andrada, sino redundante y llena de ruido como por el vano, ambicioso y aparente, así:

¡Cuán callada que pasa las montañas
el aura, respirando mansamente!
¡Que gárrula y sonante por las cañas!

Y como no quiero que estas cañas de necedad mías, se tornen lanzas de donaire en vuestras manos, cierro el prólogo y me meto en harina — como decimos al uso — por ver si mi máscara grotesca os hace reir, mientras mis palabras buscan en vosotros el eco de una emoción.



Las grandezas de antaño.

Dícese en las crónicas del reinado de Don Pedro, el Primero de Castilla, sobrenombrado el Cruel, que en el extremo oriental de la *Judería mayor*, de Toledo, y extendiéndose desde la occidental ladera de Montichel, bordeando el escarpe ribereño del Tajo, hasta rodear la Sinagoga, se alzaba en pleno siglo XIV el palacio magnífico del opulento magnate judío, Don Simuel-ben-Meir Ha-Leví, Almojarife mayor y poderoso privado del Rey galante.

Tal ascendiente hubo de ejercer en el augusto ánimo este consejero israelita, que logró del Monarca real permiso para edificar una capilla ó templo doméstico donde celebrar sus ritos.

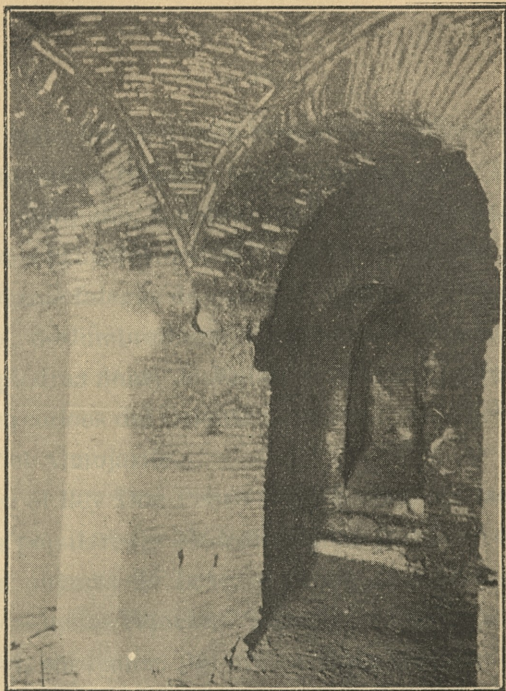
El ornato y grandeza del palacio de Samuel Levi, sólo pueden concebirse dejando volar la fantasía, ante el primoroso esplendor que aún hoy engalana interiormente la Sinagoga del Tránsito.

No dudo yo que esta Sinagoga sea la misma capilla familiar levantada por el famoso israelita; las bóvedas descubiertas en recientes excavaciones, claramente indican

la comunicación, así subterránea como á ras del suelo, entre la Sinagoga y el palacio del magnate judío. Si aquella ostenta en sus muros, en sus vanos y en el techo, prodigios de decoración mudéjar, caprichosas filigranas de ataurique, arrocabes de calado encaje, frisos de arabescos encantadores, capiteles, zapatas, arcos, ajimeces, tablas de alharaque y tracerías de gracioso arte, ¿que ricos artesonados formarían dosel espléndido sobre el ámbito de las tarbeas de su palacio? ¿Qué lindas ataujías ornarían las alfardas, los chapinetes y almaribates de las armaduras? ¿Cómo fulgurarían los colores en los alicatados de zócalo en sus patios luminosos, y en los alboaires de las bóvedas? ¿Qué fastuosos alfarjes cubrirían las alhanías? ¿Cuán pulidas taraceas lucirían su policromía en los muebles? ¿Qué sutiles labores de arrequives y molduras tenderían sus mallas de yeso tallado en torno de las ventanas y de las puertas?

La imaginación se exalta y ve el palacio del Almojarife cercado de floridos jardines y encantada la penumbra de sus patios con el sonoro rumor de las fuentes claras, sobre el mármol de las tazas esculpidas.

Pero hay algo en los textos que he leído, que tengo por dudoso y errado. Al hablar en ellos de las bóvedas subterráneas del grupo de construcciones componentes del palacio de Samuel Leví, las creen fabricadas con objeto de hacerlas servir como sótanos donde se almacenaran las mercancías y los tesoros del rico israelita; éstas bóvedas no constituyen un solo piso, sino varios, escalonados en la pendiente de la montaña; de los cuales, tres están á la vista ya, y según los indicios de murallones que afloran á más bajo nivel, pueden suponerse otros cuatro pisos sote-



CASA DEL GRECO: SUBTERRÁNEOS



CASA DEL GRECO: ENTRADA Á LOS SUBTERRÁNEOS

rrados, hasta llegar á esos vestigios de fábrica, visibles.

Tan dilatados recintos subterráneos, dada la fama de opulencia del judío, supuesto lugar destinado para guardar sus pingües caudales, pronto los pobló la fantasía del vulgo de cuantiosas talegas de oro y de plata, de orfebrería maravillosa, deslumbradores montones de diamantes, perlas y otras piedras finas, de ámbar de Grecia, perfumes, esencias y narcóticos del Oriente misterioso, todo celado por la codicia del Almojarife.

Tal vez el Rey Don Pedro llegó á creer en las fabulosas patrañas populares á él denunciadas por hebreos envidiosos de la pujanza de Leví, y exigió de su Tesorero la entrega de aquellas riquezas. Tomólo como broma del Rey el buen Leví, sin temer, ¡tal era su trato amistoso con el monarca! asechanza ninguna del cruel soberano; mas caído en desgracia, en un mismo día fueron presos él y todos los parientes que tenía en el reino, cuando agonizaba el año 1360. Los bienes del infeliz Tesorero fueron confiscados, y sus palacios unidos al patrimonio real.

Ávidamente registraron los agentes del Rey dicho palacio y los sótanos misteriosos, y «encontráronse—dice la Crónica de este sombrío reinado—, ciento é sesenta mil doblas é quatro mil marcos de plata, é ciento é venticinco arcas de paños de oro é seda, é otras joyas, é ochenta Moros, Moras é Moreznos».

No era tal riqueza, sino muy inferior á la imaginada por Don Pedro, é hizo conducir á Sevilla á Don Samuel Leví, y atarazado, someterle á tormento para que declarase donde ocultaba el resto de sus caudales.

El viejo israelita tuvo altiva entereza para morir flage-

lado por el dolor y por el coraje rabioso, sin querer revelar el escondrijo de sus tesoros, si lo había; mas reconocidos de nuevo los sótanos, halláronse, en uno muy recatado, tres montones de barras de oro y plata.

Se comprende la leyenda de estos hiperbólicos tesoros, aceptando la creencia de que todas aquellas caóticas cavernas fueran construídas para almacén de mercancías y caudales, pero yo encuentro una razón constructiva que explica lógicamente la necesidad de levantar los diversos pisos de arcadas. Tropezaba el palacio de Samuel Levi con la escarpada pendiente de la montaña, impidiéndole toda expansión; así, que para encontrar espacio mayor que diera holgura á su recinto, vióse sin duda obligado á escalonar aquella serie de bóvedas, hasta alcanzar la rasante, y dilatar de este modo, sobre la ribera, el solar de su morada. Y una vez construídos estos abovedados, es lógico pensar que se utilizasen como silos y almacenes, y también, además, que sirviesen de refugio á los judaizantes perseguidos en las jornadas luctuosas que periódicamente hacían sucumbir bajo el filo de los cuchillos del populacho cristiano, centenares de infelices hebreos.

Incorporados á la Corona siguen estos palacios de D. Samuel Levi, hasta el reinado de Don Enrique III. Aquí entra de nuevo el aura de la leyenda á embellecer la historia del palacio.

La Sinagoga era ya patrimonio de la Orden militar de Ca-

latrava, cuando el Rey sobrenombrado el Doliente hizo merced á su primo Don Enrique de Aragón—el llamado Marqués de Villena, aunque no lo era por haber sido despojados de tal título sus antecesores—, del hábito de Gran Maestre de las Órdenes, y le donó á la vez el palacio contiguo á la iglesia Calatrava.

En la crónica de estos acaecimientos hay un donoso epigrama. El Señor de Villena era casado con Doña María de Albornoz, y para poder alcanzar la distinción que el Monarca le otorgaba, «hubo de determinar, de común acuerdo con su esposa é interviniendo el gusto de Don Henrique el tercero, divorciarse, pretextando impotencia de parte de Don Henrique de Aragón, é que su mujer entrase profesa en Santa Clara (de Guadalajara), mas ni llegó á vestirse hábito ni hubo intención de ser monja». Tenaces inconvenientes opuestos por los caballeros calatravos aplazaron, á disgusto del Rey, la elección de su primo; mas al fin tuvo lugar ésta en la iglesia de Santa Fe de Toledo, aunque—dice el prologuista del «Arte Cisoria» escrita por el Marqués de Villena—no quisieron algunos electores concurrir, informados de que en la sentencia de divorcio había doblez, por ser notorio que el Rey *miraba con algún cuidado á Doña María.*» Pero al Marqués de Villena le tuvieron sin cuidado los cuidados del Rey cuando miraba á Doña María, y esta buena dama con caritativo ejemplo, dejábase, por las trazas, cuidar á la vez por entrambos egregios varones, ya que según dice el citado prologuista «Los freyles, cavalleros y comendadores de la Orden, al morir el Rey Don Henrique el tercero, destituyeron y excomulgaron á su Maestre, pretextando su falsa elección, y que después de tener Don Henri-

que de Aragón el Hábito, havia tenido á Doña María en su casa, á su mesa y trato maridable».

Como se ve, el Señor de Villena, por no perder el hábito de esposo, perdió el de Calatrava.

En el apartamiento de su casa en Toledo, dióse á cultivar con ahinco sus ya largos estudios, y á escribir tratados y libros eruditos de Matemáticas, Poesía y Ciencias naturales «de Geometría é Astronomía, con tanta admiración de las gentes, que le tenían por Bruxo é Nigromántico». En tanto su esposa dedicábase, con el auxilio del Rey, á levantar de tal modo la figura del Marqués, y á ponerle tan hechiceros adornos, en su fama de sabio, que fácilmente el vulgo creyó á Don Henrique, personaje de cuernos, á guisa de diablo, de brujo ó de duende infernal.

«No falta quien afirma—dice Parro—que en los subterráneos y bóvedas de su casa, reunía el Maestre de Santiago, los mágicos y brujos de su tiempo, y allí se entretenían en hacer conjuros, destilar hechizos y ejecutar diabluras, como la de picarse y encerrarse así en una botella para salir vivos y enteritos y renovados al cabo de algunos siglos.»

¡Oh candorosa ingenuidad popular, la que dió vida á esta linda fábula! Aún he oído yo en mi país, bien lejano por cierto de Toledo, cantar esta copla, burlona y crédula:

*Metido en una redoma
y picado te has de ver,
como el Marqués de Villena,
poco le vale el saber.*

Uno de los más bellos romances del Duque de Rivas, el titulado «Un castellano leal», canta, como todos recordáis, la gesta bravía del Conde de Benavente, haciendo arder su palacio para purificarlo de un aliento emponzoñado de traición.

Como precaución higiénica, no me parece muy atinada, pues si el palacio se quedó sin aliento, el prócer se quedó sin palacio, y bien valía perdonar el bollo por el coscorrón; pero entra aquí la Musa plebeya, encarnada en Melpómene, con la antorcha flameante y el ceño sombrío, y su ademán glorioso atiza las lenguas de fuego y diviniza el bárbaro alarde del altivo español. Confesemos que más bello fué levantar este incendio, que llamar á la brigada municipal, para desinfectar los salones.

Y aquí, esta Melpómene callejera, tiene uno de sus más arbitrarios caprichos: sabe muy bien que no es la antigua morada del «Marqués de Villena», la reducida á pavesas por su dueño, y enamorada de ella, sigue cifando sus muros con guirnaldas de laurel y fulgores de gloria. Y yo, devoto galán de esta Musa de barrio, me creo sus gracias mentirosas, y estimo en ella más la hermosura falaz, que la verosímil aunque fea catadura, de esa dama seca, apergaminada y bibliotecaria, que se llama Doña Erudición de la Crítica.

Cuando en 1525 vino á la Corte de Toledo el Condestable Duque de Borbón, á parlamentar con el César Carlos V, designó este Monarca, para alojamiento del magnate francés, la casa del Marqués de Villena, como única digna en suntuosidad y nobleza de albergar á huésped tan alcurniado.

Don Diego López Pacheco, segundo Duque de Escalona y Conde de Benavente, era á la sazón el señor de la fastuo-

sa casona, vinculada en su familia por merced de Don Enrique IV el Impotente, que le otorgó á la par el marquesado de Villena. Las canas austeras y venerables de Don Diego sintieron, como un ultraje insólito, la orden del buen Rey Carlos I de España, mandándole disponer aposento para el fementido deudo del caballeroso Rey Francisco de Francia. Y contestó al mensajero imperial:

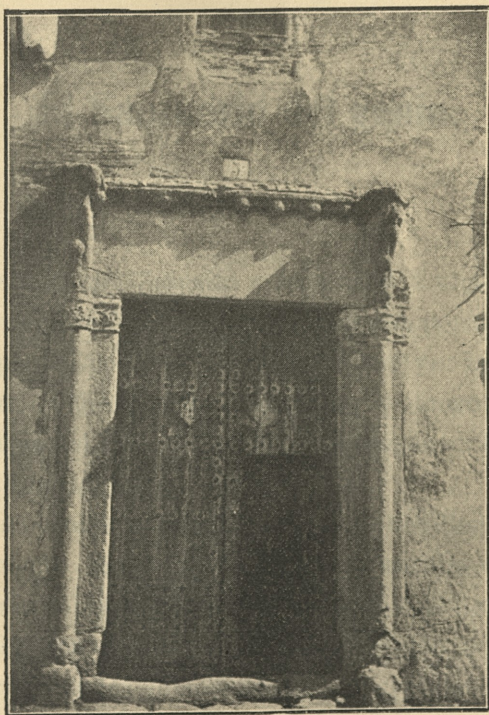
—A la merced del César, Nuestro Señor, está el palacio y cuanto yo tengo y valgo. Así ora mesmo con mi familia y criados me parto desta cibdad, por que con mas holgura ocupe mi casa quien al Rey pluguiere; pero apercíbese el Monarca á ver trocado en cenizas y escombros mi solar, si el tal Borbón pisa sus limpios umbrales, que un hombre honrado y leal se ahoga tan aína como le alcanza el aliento de la perfidia y de la felonía.

Y como dijo, salió de Toledo con sus deudos y servidumbre.

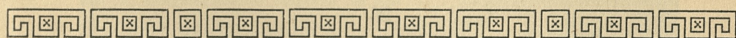
Pocos días estuvo en la corte imperial el Duque Condestable de Borbón: corriale priesa de andar á Roma por todo, con las mesnadas españolas. Ya tenéis noticia de cómo nuestros veteranos soldados, al mando del Borbón, entraron en la Ciudad Eterna, á saco. Y pienso yo que hubo de ser á saco vacío, para llenarlo á su talante, como hicieron todos.

Olvidado habían las gentes de Toledo la amenaza del Duque de Escalona; seguía éste lejos de la ciudad, sin pensar en volver á su palacio, desalojado ya por el francés, cuando una mañana tiñó la pálida claridad de la aurora, el sangriento fulgor de las llamas que agitaban sobre las casas del Marqués de Villena, sus penachos de fuego.

¡Trágico fin de un palacio, mimado por la leyenda, ennoblecido por los linajes próceres y dilecto de las artes, que en él pusieron sus maravillas de gala, para deleite de sus dueños de antaño, y que ahora, en estos tiempos de prosa y poquedad, aún son asombro de los ojos curiosos que aciertan á ver sus roídos vestigios!



CASA DEL GRECO: PORTADA



El Santuario del genio.

En el callejón del Tránsito y fronterizo á una rinconada de tapias zagueras de la Sinagoga, hay una portada de tilde hidalgo, que así por su traza grave como por las mellas y roeduras de la intemperie, pregonan su abolengo añejo, nacido por acaso, á fines del siglo xv ó quizás en los albores de la centuria siguiente.

Que esta portada es hija de la época Gótico-Renaciente, lo dicen, el macizo dintel con su mezquina cornisa cimera, en cuya escocia cobijase como orla el cordón de San Francisco; las maltrechas molduras y el mismo cordón, adorno también del frente de las voladas zapatas de granito; las jambas con el atavío de sus dos columnas prendidas en su piedra; y entre las jambas y el dintel, los capiteles de las columnillas, desenvolviéndose en amarillento friso de caliza, tallada con ricas labores de arrafices.

Las maderas de la puerta, guarnidas de rejos y tachones y de mohosas alguazas, se abren á nuestro paso; y ahora es fuerza destocarse devotamente y tomar, si no agua bendita, por lo menos, el aire atento y fervoroso que demandan los templos.

El zaguán está velado en el íntimo recogimiento de la penumbra; apenas si los ojos descubren en la obscuridad de un rincón el brocal de un pozo. Salimos al patio.

La luz risueña y áurea de la tarde pinta una franja de anaranjado fulgor en los aleros; ¡qué paz, qué suave quietud en este patio!

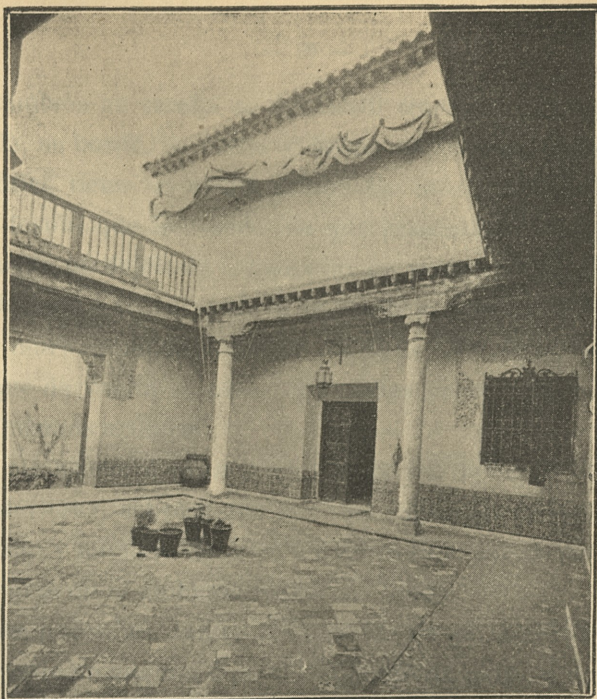
Mirad en torno: aquí hay dos columnas del Renacimiento, de granito, rugosas, desgastadas, cuyos capiteles se coronan con zapatas de madera, donde artistas irónicos tallaron graciosos monstruos y arrequives; sobre las carreras agrietadas asoman su pulida cabeza los canecillos de los cabios, y si curioseáis bajo el alfarje de la galería, vuestras miradas divisarán heráldicos blasones, decorando las tabicas. En la otra crujía son dos pilares ochavados los que soportan el piso de la galería alta, y su citarón de azulejos, descansa sobre un alizar de gracioso estilo.

¿Veis cómo la luz vespéral pone un matiz de emoción en todas las cosas?

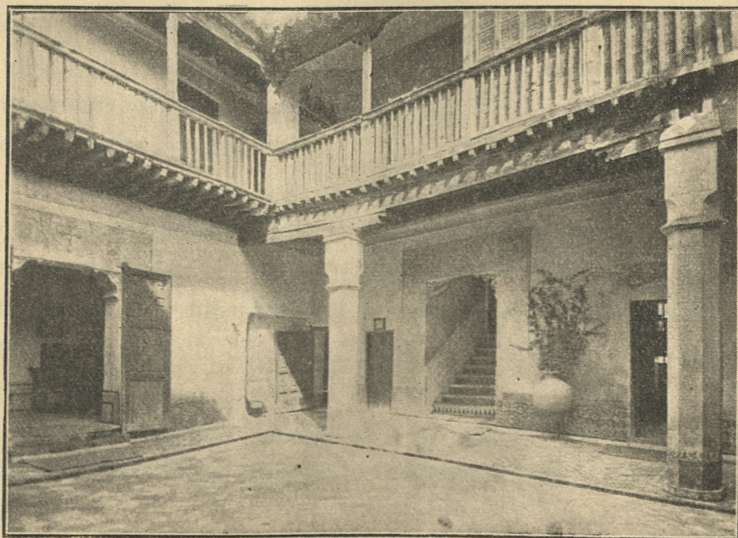
No os importe curiosear; nadie nos saldrá al paso.

Acercaos á esta reja; á su lado, una hiedra brota en la tinaja hispano-árabe, que decora el rincón del fondo de este patio; pero sus tallos todavía no han tejido frondosa cortina entre los hierros. Sobre estos hierros, recios y sencillos, ornados con una roseta de forja en cada roblón, campea el copete de dobles espirales, aprisionando entre las dos ese escudito sin blasón acaso, que trae á nuestra mente el recuerdo de Carlos de Gante. En torno del vano, un arrabá, muestra su desconchado ataurique mudéjar, donde el gesto cristiano casi oculta el rasgo musulmán.

En el otro muro, orlando la puerta que da al jardín,



CASA DEL GRECO: PATIO



CASA DEL GRECO: PATIO

hay también un arrabá de más sutil tracería; el yeso en él se cala, se borda, se cruza y forma un encaje, cuyo motivo gótico tiene un grácil desarrollo morisco hasta en el bello festón que lo rodea. Ya que estamos en esta puerta del jardín no dejéis de contemplar un momento los dos pozos abiertos á su vera; sus brocales de granito, empotrados en el muro, rompen el zócalo de azulejos arábigo-andaluces, que da vuelta al patio; sus nichos están revestidos de estos mismos azulejos.

Yo me asomo á estos pozos y miro sus aguas, profundas y misteriosas, sobrecogido por una sugestión fascinadora; me atrae y me inquieta ver la sombra indecisa de mi busto destacarse en el ambiguo reflejo del fondo.

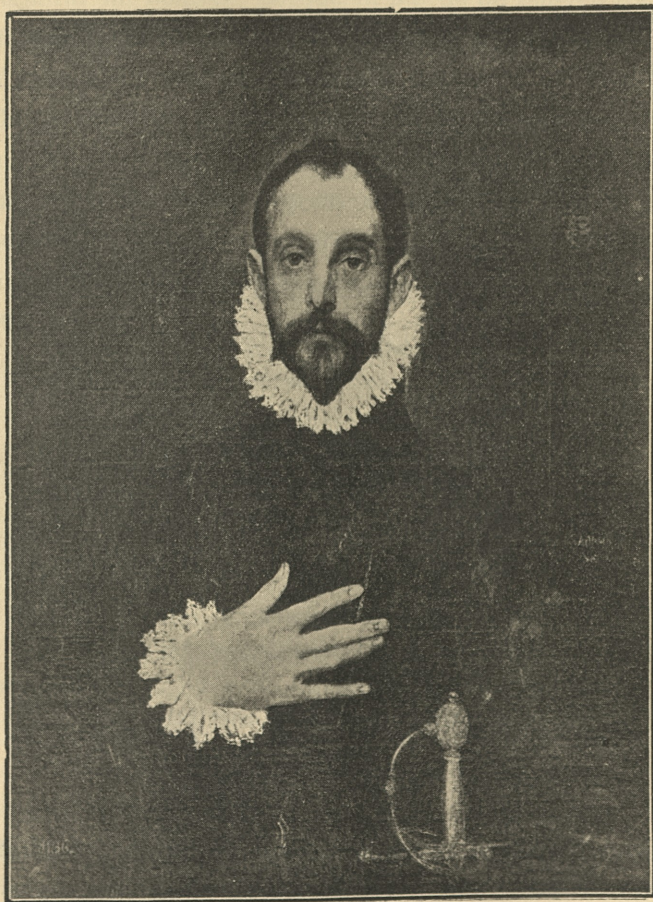
Estos pozos toledanos, agazapados en el incierto claro oscuro de un zaguán ó en el rincón de un patio, encierran una voz encantada que jamás llega á sonar, aunque yo creo oirla siempre. ¿Será el eco de las palabras luminosas de la Verdad encarcelada en ellos? ¡Ay, la Verdad, entonces, es la que nos muestra su espejo en la tersura de las aguas hondas, y como no sabemos comprenderla, vemos quizá las imágenes toscas y rodeadas del misterio inefable de una ilusión, que es la sonrisa de la verdad, disfrazada de mentira!

Y como acontece que las filosofías sentimentales traen consigo la donosa ironía de los afanes prosaicos, he aquí nuestro paladar picado y nuestros pies en trance de buscar la cocina; los filósofos suelen tener hambre: Por allá deben azacarse la dueña y el pinche en el tráfigo de peroles y cacharros.

Nuestro olfato se engaña con una ficción de olores de vianda y de humo gustoso, y nuestro espíritu, hechizado

por esta luz maga del crepúsculo, nos ha remontado á algunos siglos pretéritos; vestimos jubón de negro terciopelo, airosa capa, alba gorguera de escarola, sombrero aludo, y en él una garzota prendida con joyel de atauja; gre-güescos acuchillados, calzas de vellorio, zapatos de hebi-lla, y llevamos pendiente del talabarte un recio estoque toledano.

¡Ah del hostel! ¡Doña Mencia!—No llegan á temblar nues-tras voces en el aire silencioso, pero bien pudiéramos ha-cerlo; el señor de la casa nos brinda con su amistad y con-fianza y hemos discutido asaz, entrambos, las nuevas de los triunfos castellanos en Flandes, las rebeliones calladas de los moriscos, las audacias de los nuevos herejes luteranos, los milagros que cuentan de esa monja de Avila, la madre Teresa de Jesús, y las recientes hazañas de nuestros solda-dos en el Perú, noticiadas por los galeones llegados de las Indias; y mientras poníamos pausa á nuestras pláticas, este preclaro hidalgo, que todos en Toledo conocemos por Domi-nico el Griego, ha ido pintando mi retrato; una faz llena de nobleza y altivez, con la frente pálida y pensativa, los ojos negros iluminados por una mirada enigmática, donde se aso-ma mi alma de místico y de visionario, de héroe y de santo. Todo mi semblante es enjuto y macilento, mis barbas infan-zonas y mis mostachos, como el ébano; hame puesto, por gala, mi mano abierta sobre el pecho, y la color marfileña de esta mano resalta en la negrura del jubón. Acaso rodan-do los siglos véase este mi retrato en algún Museo con la firma de Domenikos Theotocopoulos; los profanos creerán que voy á hablarles; los entendidos me contemplarán, extá-ticos, admirados; alguna hermosa dama fijará en mí sus ojos



GRECO.—RETRATO DE UN HIDALGO DESCONOCIDO

con más deleite y devoción que en su galán, y todos han de ignorar mi nombre, porque al pie de mi imagen irá escrita esta leyenda: *Retrato de un hidalgo desconocido.*

Y mientras cruzamos este ángulo del patio, en demanda de la cocina, cuya puerta está de par en par cabe nosotros, se nos vienen á las mientes aquellos versos jocosos que ha escasos días nos mandó nuestro amigo Baltasar del Alcázar desde Ronda, epicúreo ditirambo, digno de Anacreonte. ¡Y cómo excita el apetito la donosa descripción de su cena con Inés!

Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester alaballo.

.....

La ensalada y salpicón
dièron fin, ¿qué viene ahora?
¡La morcilla! ¡Oh, gran señora
digna de veneración!

.....

Mas, dí, ¿no adoras y precias
la morcilla ilustre y rica?

.....

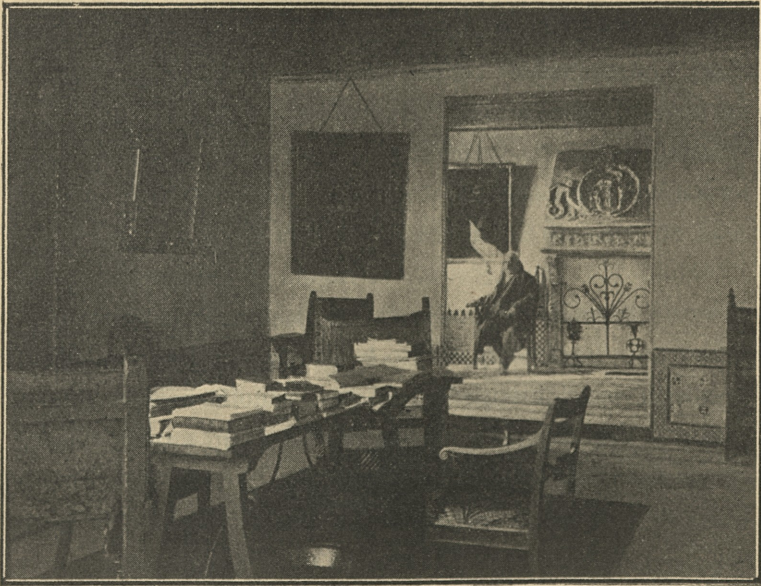
Haz, pues, Inés, lo que sueles,
daca de la bota llena
seis tragos.....

Hétenos junto al lar. No; no trajina en él la dueña, ni en el recinto hay huella alguna del pinche; todo está en orden: los cacharros, la loza de Talavera, la vajilla, los candiles, las trébedes, todo está pulcramente colocado en su lugar, en su anaquel propio; hasta un libro de guisos, «El Arte de Cocina, Pastelería, Vizcochería y Conservería», compuesto por Francisco Martínez Montiño, cocinero mayor del Rey nuestro Señor, ha servido primorosamente para ilustrar este

departamento. No falta nada aquí: ni la castiza mesa de roble, ni los poyos de ladrillo, ni las alacenas, ni una pieza oportuna de cerámica sobre la repisa de la campana hogaril. ¿Dónde, pues, andarán Doña Mencia y el pinche?

Y salimos de la cocina, y ascendemos por la escalera del patio, pensando en que nuestro huésped perínclito, el famoso Domenico Teothocópuli, no es partidario de ayunos, antes bien, sabemos la regalada vida suya, y más de una vez hemos yantado á sus manteles sabrosos condumios, oyendo el son de una tonada, que una orquesta de músicos tocaba en sus guzlas, rabeles y violines. Él gusta de gastar liberalmente la plata ganada con su pincel, recordando acá, frente á las arenas de oro deste río Tajo, los hábitos gentiles de Venecia, que él disfrutó en su mocedad al lado del Tizziano y el Tintoretto, sus maestros. No es como el Ingenioso Hidalgo, tan en boga entre algunos otros de buen seso, cuya vida escribió ha poco un alcabalero llamado Miguel Cervantes. Si el buen Alonso Quijano comía una olla con algo más vaca que carnero y salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, y así consumía las tres partes de su hacienda, este pintor candiota se regodea con manjares de príncipe, y hasta liba el vino de Chipre en cráteras y vasos de sutilísimo cristal veneciano.

Al llegar á la galería alta, sobre el patio, nuestros ojos contemplan con delicia el hermosísimo arrocafe de talla alárabe, y las ménsulas de estilo oriental, adorno de la puerta de la escalera. Y tenemos la pretensión de haber visto antaño, este arrocafe, sirviendo de dintel en la portada del patio al jardín.



CASA DEL GRECO: EL ESTUDIO

Atravesamos varios aposentos y el dueño de la casa no da muestras de hallarse. A nosotros nos complace sobremedida recrear la vista en estos vargueños, en estas arcas de taracea mallorquina, en estos bufetes con sobrios ataires, que el señor deste solar coleccionó con amorosa prolijidad: cuadros de estima engalanan los muros...

Y llegamos en nuestra excursión hasta el estudio. En esta holgada cuadra, la luz entra por un ventanal anchuroso, cerrado por emplomada vidriera. Y esta claror desvaída del ocaso, al pasar por el vidrio, cuya transparencia se enturbia con una coloración de agua verde-pálida, hace ondulaciones en el aire, como si fuera el reflejo de un rayo de luna sobre una concha de nácar.

También está desierta la estancia... Ni siquiera el cabelle da fe de trabajo... En el centro, una mesa, y en su derredor, varios sillones fraileros de baqueta, pisan la alfombra de Smirna que cubre el solado. Junto al techo de este salón corre un friso ojivo-mudéjar, y en el paño del muro, entre el friso y el zócalo de cerámica, cuelgan ordenados algunos cuadros. ¿Cómo no está el maestro aquí?

Empezamos á temer, como una alucinación, nuestro gesto bizarro de hidalgos viejos, vasallos del Rey Don Felipe II el Prudente. Sin embargo, en este recinto hay un soplo de vida: una sensación poderosa nos afirma que el pintor cretense ha discurrido por aquí una hora antes... Los braserillos de azófar parecen conservar un rescoldo todavía... Nos acercamos á la mesa; en ella hay libros abiertos, y una epístola escrita con seguros trazos; es una poesía: la epístola moral á Fabio, de Fernández de Andrada. ¿Será amigo el poeta bético del pintor cretense?

Al azar leemos:

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que halagar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

.....

¿Qué es nuestra vida más que un breve día
do apenas sale el Sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

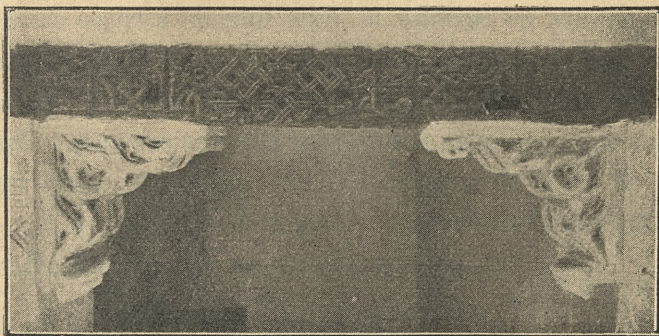
¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
seco á la tarde?.....

Quitamos el manuscrito y bajo él aparecen las páginas, abiertas, del «Arte de bien morir». Indudablemente es cierta la preocupación de ánimo del maestro, y esos rumores de locura suya, y de exaltación mística, que por Toledo se mienten. Debe vagar á estas horas, por el jardín, meditando.

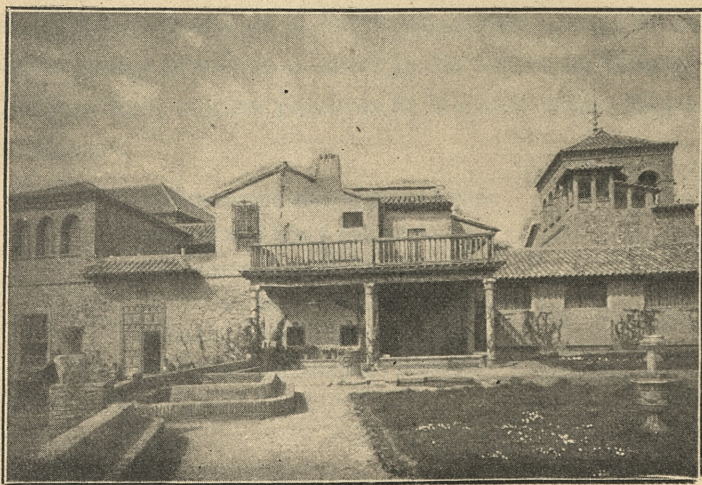
Y sintiendo ahuyentado el apetito, corremos allá, buscamos á Domenico, entre sus flores y sus fuentes, en las terrazas...

¡Nada! El jardín tiene un encanto melancólico: es un jardín anárquico, de original belleza, de espiritual desconcierto: las enredaderas se enroscan á las columnas neoclásicas de esta terraza, frente á la cocina, y cubren por completo la reja de forja bética; por los balaustres de una solana se balancean al aire las sierpes frondosas de la hiedra; en una fuente, en otra, manan los surtidores sus plumeros líquidos... Unos tiestos con guirnaldas de relieve esmaltado, lucen en medio de los arriates su traza de jarrones rena-

Jardín



CASA DEL GRECO: ARROCABE



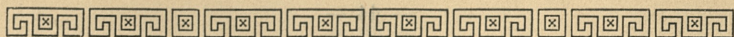
CASA DEL GRECO: JARDÍN

cientes... y las flores se desbordan en torno... ¡No hay nadie! Nuestro espíritu ingenuo leyó, al mirarse en el espejo del pozo, un sueño de ilusión, sin saber que era la sonrisa de la Verdad. Y ahora, al acercarnos á esta alberca estrellada, donde vierte sus aguas la taza de una fuente, vemos bullir, jugar, saltar llenos de vida, un enjambre de peces de colores... Y nos sonreimos de ellos... que es como sonreirnos de nosotros, de nuestra credulidad y de nuestro sueño.

Así pasó una vez, y otra también, mi entusiasmo y mis ojos ilusos por la Casa del Greco. Tal es mi impresión y tales mis emociones, que nunca acaso huirán de mi recuerdo. Yo quisiera haberos dado algo de aquella pura vibración de mi espíritu... Quizá no lo haya conseguido..., mas no será por no haber invocado el favor de las nueve hermanas. Y ahora os digo, con las palabras de Moratín en su «Elegía á las Musas»:

Esta corona adorno de mi frente,
esta sonante lira y flautas de oro
y máscaras alegres, que algún día
me disteis, sacras Musas, de mis manos
trémulas recibid y el canto acabe,
que fuera osado empeño repetirlo.





APÉNDICE

Aunque mi culto auditorio no tenía menester de mis explicaciones aclaratorias, fatigué su atención antes de pronunciar mi conferencia, definiendo el significado de algunos vocablos en ella empleados: este vocabulario previo, fué ilustrado con proyecciones.

ALBOAIRE.—Labor decorativa de las bóvedas, con adornos de azulejos.

ALFARDA.—Par de armadura, en los artesonados ó alfarjes. Solía ostentar molduras y adornos.

ALFARJE.—Techo con maderas labradas y entrelazadas artísticamente.

ALGUAZA.—Bisagra ó gozne, que adornaba algunas puertas fastuosas, con caprichosa labor de forja. Ordinariamente su parte aparente en las puertas, era como una flor de lis, muy sencilla, estilizada.

ALHANIA.—Alcoba, ó cámara.

ALICATADO.—Obra de azulejos, con labores arabescas y dotada del reflejo tornasolado moruno, típico.

ALIZAR.—Cinta ó friso de azulejos, de diferentes labores, en la parte inferior de las paredes de los aposentos.—

Si bien esta definición es la que he visto escrita en los Diccionarios, y la que se desprende del sentido de las oraciones, como la emplean algunos autores ilustres, hablando yo con el Sr. Laredo, Arquitecto director de las obras de la Casa del Greco, y con el maestro ó capataz encargado de dichas obras, he modificado allí mismo tal definición, pues noté que llaman *alizar* (y según me aseguraron, todos los albañiles así lo entienden) sólo: «á la faja de azulejos *que presenta dos caras en ángulo, esmaltadas, al exterior*, ya corra por la parte inferior de los muros, ya corone un zócalo en resalto sobre el paño de pared» (1).

ALMARIBATE.—Madero cuadrado del alfarje que une los pares ó alfardas.

ARRABÁ.—Especie de friso quebrado, en forma de medio marco rectangular, que circunscribe la parte superior de un vano.—El Sr. Gómez Moreno, en una de sus notabilísimas conferencias sobre Arte Musulmán, dadas en el Ateneo de Madrid, hizo notar que esta palabra *arrabá*, empleada comúnmente por los autores, es una corrupción del árabe, debiendo en su lugar emplearse, el castizo vocablo de *alfiz*.

ARRAFIZ.—Cardo, cardina.—Labor en forma de hojas de cardo, sobre piedra, madera ó yeso.

(1) No es esta la única atención que debo á D. Eladio Laredo. Gracias á su cortesía y amabilidad, pude leer el *Arte Císorta* (edición de Antonio Marín, 1765) y otros curiosos libros que en la Casa del Greco se guardan; así como también me facilitó los datos sobre la reconstrucción de esta casa; en ella se utilizaron viejos materiales de otros edificios, y sobre todo, de la casa de «Pozo-Amargo», en Toledo, derribada exclusivamente para aprovechar aquí sus interesantes elementos constructivos. La cultura y el buen gusto de tan notable arquitecto, fueron mis mentores en Toledo.

ARREQUIVE.—Adorno; labor decorativa en los bordes; especie de festón.

ARROCABE.—Madero con talla y labor de lazo, colocado como dintel; ó á modo de friso en lo alto de los muros, en las estancias artesonadas.

ATAIRE. —Moldura de tablero, en puerta ó ventana, ó decorando muebles.

ATAUJÍA.—Labor de incrustación y embutido, que los moros hacían en metales diferentes, ó en maderas ricas, con oro y plata.

ATAURIQUE.—Decoración de yeso tallado, figurando hojas, en los arrabáes, frisos, enjutas y frontales; por extensión se llama también ataurique, toda talla de yesería que orne un plano, aunque su motivo ó tema decorativo no sea de hojas.

CHAPINETE.—Madero de coronación y enlace, en los entramados de algunas obras de froga.

TARACEA.—Labor de incrustaciones en maderas; estos embutidos de otras maderas policromas, ó de nácar, usábanse, sobre todo, en ebanistería morisca.

TARBEA.—Salón, estancia espaciosa.

Pueden verse algunas de estas voces en las *Ordenanças de Sevilla*, edición de Andrés Grande, 1532, y otros textos antiguos, como los de los *Fueros de Zaragoza*. Por vía de curiosidad, he aquí una disposición del *Título de los Albalñes*, en las Ordenanzas citadas:

«Otrosí, ordenamos y mandamos que el dicho maestro sepa labrar sus portadas de yesería de diversas maneras, assi de romano, como de lazo de talla enleñado con *chapinetes* é *almariuates*, é *atauriques* é otras molduras que conviene.....»

Siendo esta Conferencia, trabajo ceñido, no puedo añadir otras curiosas notas que me prestan la *Crónica del Rey Don Pedro*, la crónica rimada de Lope de Ayala, las poesías en loor del *Marqués de Villena*, que á su muerte le escribieron Juan de Mena y el Marqués de Santillana; la misma *Arte cisoria* y los fragmentos que del *Arte de trovar* del *Aojamiento* y *Los trabassos de Ercoles* (1) se conservan en los *Orígenes de la lengua castellana* de Mayans y Siscar y en otras obras; Navarro, López de Arenas, Ponz, Parro, Amador de los Ríos y Cossío en sus trabajos, y sobre ellos el notabilísimo y reciente de Francisco de Borja San Román, donde pretende demostrar que el Greco no vivió precisamente donde hoy se dice.

Pero, como no es la mía, obra de erudición, y Dios me libre de ello, dejo para más adelante—si ha lugar—la tarea de completar y extender mi trabajo, en el mismo sentido libre y personal que aquí se apunta.

Perteneciente á la serie de conferencias del curso de Arquitectura de 1911 á 1912, de la Escuela de Ingenieros de Caminos, dadas por los alumnos, ésta ha obtenido la señalada distinción de ser editada bajo los auspicios de mis compañeros de curso, de mi cultísimo profesor, entusiasta de todo lo que signifique intención de estudio ó latido artístico, y del ilustre Director de esta Escuela. ¿Cómo diré mi reconocimiento, y de qué modo agradecer la benevolencia, por mí innmerecida, de mis maestros y de mis condiscípulos?

(1) Estos y otros libros mandados luego quemar por D. Juan II, los escribió D. Enrique de Aragón en el retiro de su villa de Torralva.

Β
ΤΕΛΛΟΙ
Τ
ΣΥΛ